

SEPULTURAS ROMANAS DE INCINERACION EN LA PROVINCIA DE VALLADOLID: LOS DEPOSITOS DE PADILLA DE DUERO Y SIMANCAS

M.^a Victoria Romero Carnicero* y Carlos Sanz Mínguez*

Aunque a priori podría considerarse bien común el hallazgo de tumbas romanas altoimperiales, en la realidad dista bastante de serlo y quizá de manera más particular en la Meseta Norte, donde, aparte de algún hallazgo más o menos aislado de este tipo, sólo ha sido exhumado el amplio conjunto de la necrópolis de Palencia. Su excavación, no obstante, fue practicada con los métodos propios de la época, lo que unido a la posterior dispersión de parte de sus materiales, ha mermado en gran medida el conocimiento y consiguiente valoración de ese conjunto de enorme interés. Por una y otra razón, parece oportuno el estudio aquí de dos tumbas vallisoletanas de incineración, una de Padilla de Duero, la otra de Simancas, aparecidas ambas de forma fortuita. La primera se enclavaba no muy lejos del área de necrópolis celtibérica, mientras que la de Simancas se hallaba relativamente alejada de la necrópolis tardorromana excavada en los años veinte.

1. Padilla de Duero.

La estación arqueológica de Padilla de Duero, sobradamente conocida a través de la bibliografía¹ y actualmente en curso de excavación, representa uno de los enclaves celtibero-romanos más relevantes del Duero Medio.

El seguimiento que viene realizándose sobre el yacimiento en los últimos años ha permitido preservar y documentar algunos objetos de cultura material exhumados sin metodología arqueológica como los que nos ocupan en el presente trabajo. En marzo de 1985 la realización de una Acequia de riego², en un área marginal de la necrópolis celtibérica de Las Ruedas (fig. 1), deparó el hallazgo de un depósito compuesto por cinco vasitos, una tapadera y una laja caliza de tamaño mediano (60 x 30 x 10 cms.). Afortunadamente, cara a topografiar el lugar del hallazgo, el vaso n.º 3 permanecía en posición original. Por otro lado, el corte estratigráfico observado en la zanja abierta coincidía plenamente con el existente unos metros más al Sur, en la aldea necrópolis celtibérica, siendo su esquema bien simple: un nivel superficial removido por las labores agrícolas, otro subyacente de tonalidad oscura, más o menos intacto según las áreas, donde se localizan las tumbas, y el inferior, estéril, de coloración muy clara; todos ellos compartiendo terrenos de arenas y gravas. En aquél nivel intermedio es donde se hallaba el vasito mencionado, a una profundidad de 80 cms. desde el nivel del suelo, distando del arroyo de la Vega 46,7 metros.

* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Valladolid.

¹ PALOL, P. DE y WATTENBERG, F., *Carta arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid, 1974, pp. 111-113; MAÑANES, T. y MADRAZO, T., "Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro", *Trabajos de Prehistoria*, 35, 1978, pp. 425-432; MAÑANES, T., *Arqueología Vallisoletana II: Torozos, Pisuerga y Cerrato*, Valladolid, 1983, pp. 148 y ss.

² Acequia n.º 4. Plan de Canalización y Riego para la Vega de Padilla de Duero promovido por la Confederación Hidrográfica del Duero.

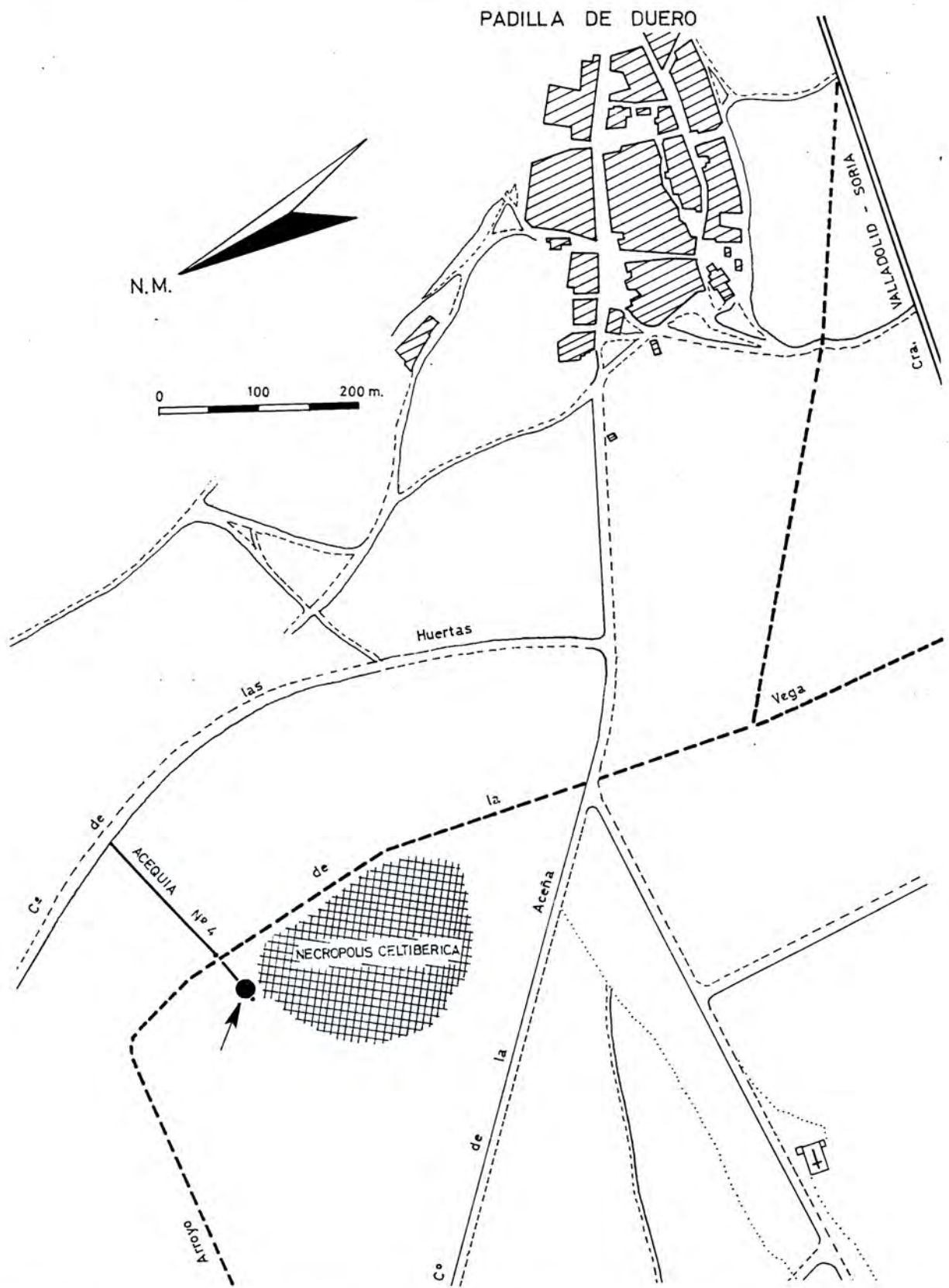


FIG. 1.—Plano de localización del depósito padillense aparecido en la acequia de riego n.º 4, y su relación con el área principal de la necrópolis de Las Ruedas.

El primer interrogante que plantea este conjunto es el de su significado. El carácter funerario del mismo nos parece más que probable por más que no haya sido posible documentar la menor evidencia de restos óseos cremados. No obstante y a pesar de dicha carencia, que en principio podría parecer insalvable para la atribución pretendida, contamos con diversos argumentos que confieren a este depósito plena carta de naturaleza dentro de un contexto funerario.

Así, es necesario señalar en el yacimiento de Padilla de Duero la existencia de una continuidad de las distintas áreas funcionales configuradas en la etapa celtibérica —fundamentalmente hábitat y necrópolis— durante los momentos posteriores de implantación romana. En este sentido resulta concluyente que el depósito que nos ocupa se localizara a tan sólo 30 m. del límite septentrional de la zanja de excavación n.º II practicada en la necrópolis indígena de Las Ruedas, límite que ha deparado —dentro la estratigrafía horizontal observada³— depósitos con materiales romanos de tradición indígena.

Por otro lado, la asociación de una pequeña laja caliza al conjunto, cumpliendo probablemente funciones de señalización o protección del mismo, sugiere posibles conexiones con el rito de incineración con estelas y túmulos degenerados que previamente se desarrollara en el área de enterramientos celtibéricos de Las Ruedas. Por ello, tal vez, quepa atisbar en este elemento una herencia de la secular tradición funeraria del lugar, observada también en la concurrencia de dos vasitos —concretamente los n.ºs 2 y 3— de sabor indígena, como tendremos ocasión de valorar posteriormente.

Por último, la carencia de restos óseos humanos en conjuntos funerarios no parece ser un hecho sorprendente ni aislado. En la propia necrópolis padillense se ha podido atestiguar una tendencia clara, a medida que se progresa espacial y temporalmente, en la zanja II, en dirección Norte —y por tanto hacia la zona más próxima al conjunto que consideramos— a la disminución cuantitativa de la muestra ósea representada en las tumbas, fenómeno que adquiere su máxima expresión en algunos conjuntos, como el presente, carentes en absoluto de tales restos. Así mismo, traspasando los límites estrictos del propio yacimiento, el trabajo de Simón y Nieto sobre la necrópolis romana de Eras del Bosque, sita en las inmediaciones de la capital palentina, resulta revelador en este sentido. Prescindiendo del carácter dispar —funerario y cultural— otorgado a los dos ambientes observados por el autor, y considerando el lugar en su totalidad como correspondiente a una necrópolis de dilatada utilización cronológica y espacial⁴, el hecho sustraible a la cuestión que tratamos es la inexistencia de restos cremados en la mayoría de los depósitos que, en el caso de aquéllos ubicados dentro del supuesto recinto sagrado, servía de argumento básico para excluir su carácter funerario⁵. Por el contrario en la zona de la necrópolis, identificada como tal por Simón y Nieto, la ausencia de tales restos en algunos de los conjuntos se justificaba por la acción degenerativa de los propios suelos⁶.

Este depósito padillense, que en definitiva interpretamos como funerario, se halla compuesto por seis piezas de cerámica de pequeño tamaño —ninguna supera los 10 cms. de altura— (fig. 2): dos vasitos de tipo celtibérico, un vasito ovoide a medio camino entre la cerámica común y la de paredes finas, una pequeña tapadera de cerámica común, una Hisp. 10 de sigillata y una jarra identificable con las denominadas cerámicas pigmentadas por Unzu Urmeneta o engobadas por Aguarod Otal.

N.º 1: Vasito globular de cuello cilíndrico y borde saliente, ambos poco desarrollados. Fondo externo cóncavo. Pasta de color parduzco, en algunas zonas grisáceo, rica en grasante silíceo y en menor medida calcáreo, lo que proporciona a la superficie una apariencia rugosa. Dimensiones: alt. = 84 mm.; diám. boca = 83 mm.; diám. base = 40 mm.

N.º 2: Vasito bitroncocónico con carena baja apenas marcada, borde ligeramente vuelto y fondo con pie bajo y rudimentario. En el cuello presenta dos molduras livianas. Pasta de color ocre bastante tamizada. En el tercio inferior muestra un grafito, JH. El fondo interno ofrece cierta pigmentación grisácea, tal vez relacionable con deposición de cenizas. Dimensiones: alt. = 78 mm.; diám. boca 80 mm.; diám. base = 52 mm.

N.º 3: Vasito de borde algo exvasado cuyo cuerpo está integrado por un amplio tramo superior aproximadamente cilíndrico y un espacio inferior troncocónico más reducido, unidos ambos por una carena poco acusada;

³ SANZ MÍNGUEZ, C., "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", *Actas del II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis celtibéricas*, Daroca, 1988 (en prensa).

⁴ TARACENA, B., "La necrópolis romana de Palencia", *AERq.*, XXI, 1948, p. 145; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R., "La necrópolis de Eras del Bosque", *Publicaciones de la Institución "Tello Téllez de Meneses"*, 40, 1978, pp. 185-205.

⁵ SIMÓN Y NIETO, F., "Noticia de una necrópolis romana y de un bosque sagrado (Palencia)", *AERq.*, XXI, 1948, p. 155.

⁶ *Ibidem*, p. 150.

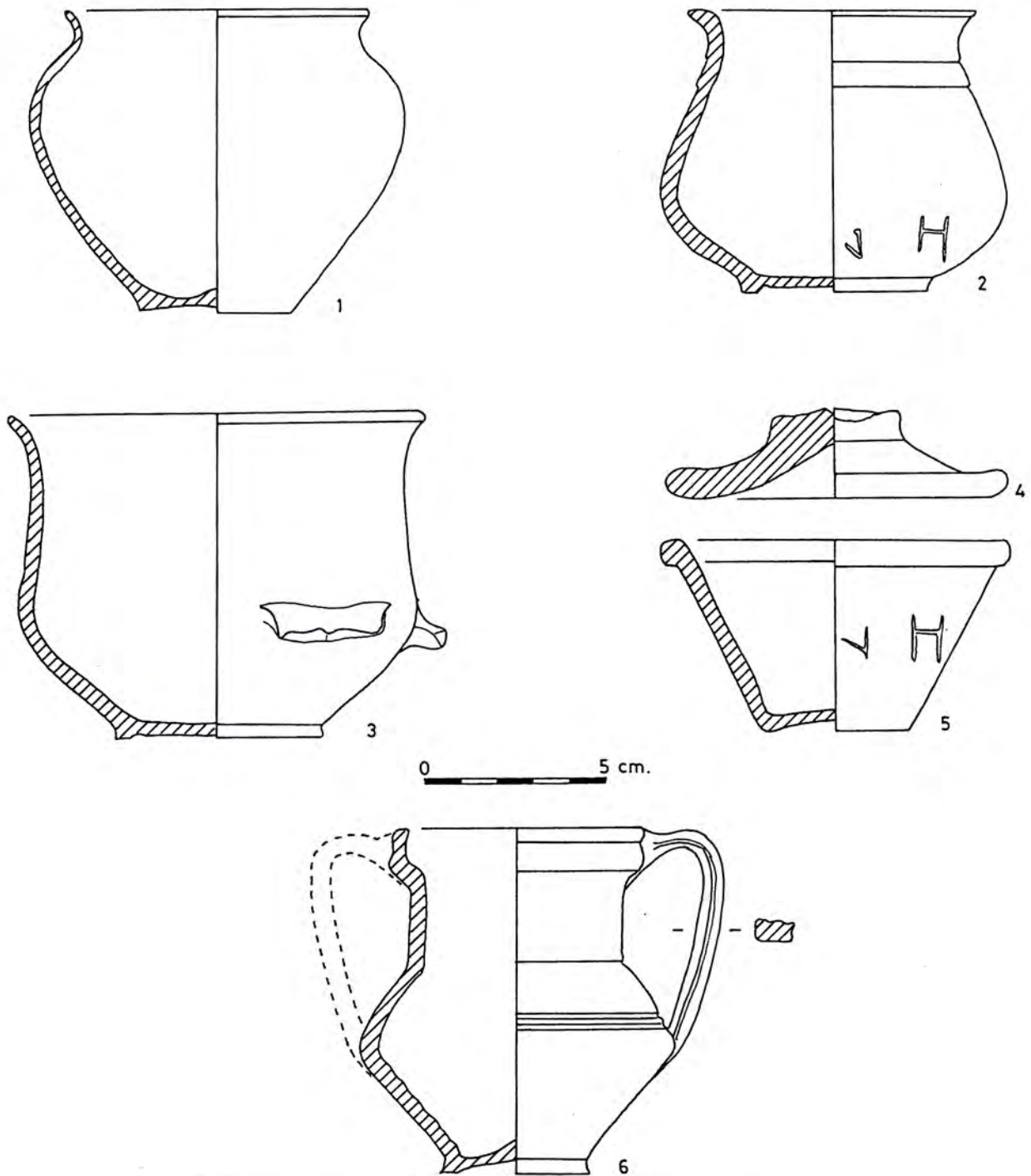


FIG. 2.—Ajuares cerámicos del depósito de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid).

en ella se aplica un apéndice o muñón rematado en tres puntas. La base está conformada por un pie bajo. Pasta anaranjada clara uniforme, bastante tamizada. Dimensiones: alt. = 90 mm.; diám. boca = 112 mm.; diám. base = 56 mm.

N.º 4: Pequeña tapadera de perfil claramente cóncavo al exterior, con amplia superficie de apoyo. El asidero, de considerable diámetro en relación a las reducidas dimensiones de la tapadera, es de tipo cilíndrico, toscamente rematado. Pasta de color amarillento uniforme, con degreasante bastante fino. Dimensiones: alt. = 23 mm.; diám. = 95 mm.

N.º 5: Vasito de sigillata hispánica, forma Hisp. 10. Engobe algo deteriorado y sin brillo. En la pared externa muestra el mismo grafito que la pieza n.º 2. Dimensiones: alt. = 53 mm.; diám. boca = 96 mm.; diám. base = 40 mm.

N.º 6: Jarrita de dos asas, cuello aproximadamente cilíndrico y cuerpo bitroncocónico. El borde se configura al exterior en una doble molduración y se traduce al interior en un espacio cóncavo. Sólo conserva un asa, aunque tenía sin duda dos; nace del borde y finaliza en la carena, apareciendo moldurada al exterior. La superficie externa del vaso está surcada por un resalte en el punto de unión entre el cuello y la panza, así como por dos acanaladuras en la proximidad de la carena. Fondo con escaso punto de apoyo y somera molduración. La pasta, muy tamizada, es de color anaranjado claro. La pieza va recubierta tanto al exterior como al interior de un engobe cuya variada coloración, entre el rojo claro, ocre-castaño y negro, le confiere una apariencia veteadada. Dimensiones: alt. = 96 mm.; diám. boca = 68 mm.; diám. base = 38 mm.

Consideramos en primer término los recipientes 2 y 3, de perfiles semejantes, para los cuales encontramos precedentes en algunas producciones celtibéricas.

La forma del recipiente n.º 3 se corresponde con el tipo XV-C de Wattenberg García y está atestiguada en el Soto de Medinilla y Numancia⁷. El ejemplar de El Soto coincide con el nuestro en tamaño, presencia de asidero y perfil, difiriendo únicamente por su fondo umbilicado y decoración pintada. Por su parte el de Numancia, liso, posee el fondo plano aunque no aparece conformado el pie bajo que caracteriza al padillense. Dentro de las tres variantes que la mencionada autora establece para este tipo, la C es considerada como más evolucionada, ya que pertenece al nivel I de El Soto de Medinilla, datado hacia la mitad del siglo I a.C. Cronología a partir de la cual se sitúan las producciones tardoceltibéricas, recientemente definidas en Roa, de perfiles y proporciones muy similares al recipiente que consideramos⁸.

Particular interés reviste, por otro lado, el pequeño apéndice o asa atrofiada que a nivel de la carena se observa en el recipiente, aplicación plástica que recuerda a otras netamente celtibéricas. Remates similares se constatan en los bordes de pequeñas fuentes ovales realizadas a mano en la necrópolis de las Erijuelas de San Andrés, en Cuéllar⁹. Asas de mayor desarrollo y rematadas igualmente en tres apéndices existen, aunque inéditas, en Padilla de Duero y en el M.A.P. de Palencia, decoradas mediante técnica excisa y pintada, sobre pasta de color anaranjado, tipológicamente idénticas a la recogida en el Alto del Castro de Riosalido¹⁰.

Por su parte, el vasito n.º 2 guarda relación con el hallado en la tumba 28 de la necrópolis celtibérica de Palenzuela (Palencia), asociado a un umbo de escudo y puñal evolucionado del tipo denominado Monte Bernorio¹¹. En este recipiente palentino observamos, de nuevo, cómo el fondo celtibérico por excelencia de umbo ha dado paso ya al plano, pero sin haber incorporado aún el resalte o pie bajo característico de las ulteriores producciones romanas de tradición indígena.

En cualquier caso la continuidad de los perfiles 2 y 3 en época imperial, sin duda la que aquí nos interesa, está atestiguada a través del tipo de cerámica que acabamos de mencionar, la de tradición indígena, y en concreto a través de sus especies pintadas, hasta el momento las únicas estudiadas. Así, el ejemplar n.º 2 se emparenta con la forma 11 de Abascal Palazón¹², mientras que el n.º 3 lo hace con las formas 2 y 4, en parti-

⁷ WATTENBERG GARCÍA, E., *Tipología de cerámica celtibérica en el Valle Inferior del Pisuerga*, Monografías de M.A.P. de Valladolid, Valladolid, 1978, pp. 32, 45 y 58.

⁸ SACRISTÁN DE LAMA, J. D., *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid, 1986.

⁹ MOLINERO PÉREZ, A., "Una necrópolis del hierro céltico en Cuéllar (Segovia)", *II CNArq.*, Madrid, 1951, Zaragoza, 1952, p. 346, lám. XLV, 9.

¹⁰ FERNÁNDEZ GALIANO, D., "Notas de Prehistoria seguntina", *Wad-al-Hayara*, 6, 1979, p. 27, fig. 1, 926.

¹¹ MARTÍN VALLS, R., "Prehistoria palentina", en *Historia de Palencia. I. Edades Antigua y Media*, Madrid, 1984, p. 41, fig. 14.

¹² ABASCAL PALAZÓN, J. M., *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*, Madrid, 1986, p. 73, fig. 61, n.º 289.

cular con la última¹³. El vaso que sirve para definir la forma 11, procedente al parecer de la necrópolis de Palencia, presenta curiosamente dos asas de poco grosor rematadas en botones, que suponen un claro paralelo para las que porta el vaso n.º 3 de Padilla y constituyen además, en relación al mismo, el caso más próximo cronológicamente dentro del amplio marco de utilización de este tipo de asideros o apéndices ornamentales.

El inicio de la cerámica de tradición indígena ha sido situado en torno al 50-55 d.C. y su generalización a partir del 60-70, en virtud sobre todo de los datos proporcionados por las especies clunienses¹⁴. No obstante, Abascal fecha la única pieza que avala la forma 11 —el antes mencionado ejemplar de Palencia— en la primera mitad del siglo I d.C.¹⁵, posiblemente por el carácter indigenizante de las asas rematadas en botón¹⁶; en cuanto a la forma 4, fija su origen poco antes del comedio del siglo I d.C. y su duración al menos hasta finales del mismo¹⁷.

Entre las restantes piezas sólo el ejemplar de sigillata y la jarrita permiten ciertas aproximaciones cronológicas. La primera, una Hisp. 10, nos obliga a remitirnos al origen de la forma y éste difícilmente puede situarse antes de la época flavia. El tipo debió derivar de la pyxide de los servicios de La Graufesenque y en concreto de la correspondiente al Servicio A¹⁸, configurado a partir del 60 d.C. y con un desarrollo flavio fundamentalmente¹⁹. La presencia de la forma Hisp. 10 en estratos julio-claudio/flavios está bien comprobada, por otro lado, en Huerña y Pamplona²⁰. El ejemplar de Padilla posee un borde diferenciado, enroscado, pero todavía saliente; en el punto de unión entre éste y la pared interna se advierte la presencia de una muesca, rasgo propio de los ejemplares no avanzados; en cuanto a la tendencia ascendente de la base, está atestiguada en un buen número de Hisp. 10 de aspecto poco evolucionado²¹, lo que hace pensar que esta característica debió de ser pronto asumida por la forma. En suma, la Hisp. 10 de Padilla no desdice en líneas generales de las documentadas en los estratos ya mencionados de Pamplona y Huerña. Piezas muy similares han sido halladas además en La Morterona (Saldaña, Palencia) en un foso cuya colmatación final se sitúa en la segunda mitad del siglo I d.C., en concreto en el tercer cuarto de dicho siglo²².

En cuanto a la jarrita de dos asas, ha de emparentarse tanto por el perfil como por el aspecto técnico con las producciones atribuibles al Valle del Ebro y conocidas bajo los sobrenombres de cerámicas pigmentadas²³ y engobadas²⁴, especies que se difundieron también por el Alto Duero para irse rarificando progresivamente, por lo que hoy podemos conocer, más al Occidente; éste es, de hecho, uno de los ejemplares más alejados en este sentido respecto a lo que cabe suponer fue el área de producción. Su perfil responde claramente a la forma III, dentro de los vasos engobados de paredes finas, de Aguarod Otal, forma que viene a equivaler a la 8, de las pigmentadas de la misma especie, de Unzu Urmeneta²⁵. Para fijar la cronología de ambas se utiliza una referencia de mediados del siglo I d.C., que es la atribuida al estrato VII de Pamplona, estrato en el que comparece este tipo de jarra; sobre esta base Aguarod Otal remonta su origen a la primera

¹³ *Ibidem*, p. 64, fig. 24, n.ºs 91-95, para la forma 2; pp. 65-66, figs. 36-37, n.ºs 177-190, para la forma 4; son las líneas suaves del perfil y el tamaño reducido de la pieza de Padilla lo que la aproxima más a la forma 4.

¹⁴ *Ibidem*, p. 79.

¹⁵ *Ibidem*, p. 73.

¹⁶ *Ibidem*, p. 35.

¹⁷ *Ibidem*, p. 66.

¹⁸ ROMERO CARNICERO, M. V., "Aspectos formales de la sigillata hispánica", *BSAA*, XLIX, 1983, pp. 113-115, fig. 1; IDEM, *Nu-mancia I. La terra sigillata*, EAE, 146, Madrid, 1985, p. 235.

¹⁹ VERNHET, A., "Création flavienne de six services de vaisselle à la Graufesenque", *Figlina*, 1, 1976, pp. 14-16, figs. 1 y 3.

²⁰ Para Huerña, DOMERGUE, C. y MARTÍN, T., *Minas de oro romanas de la provincia de León. II*, EAE, 94, Madrid, 1977, p. 31, fig. 8, n.ºs 65-68; el nivel en el que fueron halladas se fecha entre el 45/50 y el 70/75 d. de C. (pp. 14-15), en nuestra opinión de manera algo restringida, pues la presencia de las formas hispánicas Drag. 37 y Drag. 35 y de la misma Hisp. 10, así como de una lucerna de canal, aconseja adentrarse más en la época flavia. Para Pamplona, MEZQUÍRIZ, M. A., *La excavación estratigráfica de Pompaelo. I. Campaña de 1956*, Pamplona, 1958, p. 208, fig. 99, n.º 19; en el estrato VII de Pamplona comparecen también, junto a la Hisp. 10, algunos fragmentos de Drag. 37 e Hisp. 4, formas que debieron surgir, como aquélla, ya en el período flavio o muy poco antes.

²¹ MAYET, F., *Les céramiques sigillées hispaniques*, Paris, 1984, lám. LXXVIII, n.ºs 248-249 y 251, a modo de ejemplo.

²² ABÁSULO, J. A., CORTES, J., PÉREZ, F. y VIGHI, A., *Excavación en el yacimiento de La Morterona, Saldaña (Palencia)*, Palencia, 1984, fig. 35, n.ºs 4-6, en particular las dos primeras, en las que el fondo posee igualmente una tendencia ascendente. En cuanto a la cronología del relleno del foso (pp. 117 y 155), también aquí la presencia de la Drag. 37 y la Hisp. 4, así como de alguna otra pieza, caso del vidrio de la fig. 23, n.º 1 o incluso de la lucerna de la fig. 36, n.º 1, podrían sugerir más que nada una fecha dentro del período flavio para la colmatación del mismo.

²³ UNZU URMENETA, M., "Cerámica pigmentada romana en Navarra", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, 1979, pp. 251-276.

²⁴ AGUAROD OTAL, M. C., "Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: II. Las cerámicas engobadas, no decoradas", *Turiaso*, V, 1985, pp. 27-106; AMARÉ TAFALLA, M. T., "Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: III. La cerámica engobada decorada", *Turiaso*, V, 1985, pp. 107-139.

²⁵ AGUAROD OTAL, M. C., *op. cit.*, pp. 44-52; UNZU URMENETA, M., *op. cit.*, pp. 260-261.

mitad del siglo I d.C.²⁶ y Unzu Urmeneta centra su desarrollo entre el 45 y el 100 d.C.²⁷. Sin desdeñar estas cronologías, matizaríamos por nuestra parte, no obstante, la fecha de referencia, por cuanto el estrato VII de Pamplona bien podría haberse formado una vez iniciado el período flavio²⁸.

Menos elementos de juicio hay para valorar el vasito ovoide n.º 1. La forma puede considerarse bien corriente dentro de la cerámica común y como ejemplo puede servir su amplia representación en la necrópolis romana de Santo André²⁹, una necrópolis bastante homogénea, en la que la mayoría de las tumbas se fechan entre el último tercio del siglo I y el primer cuarto del siglo II d.C.³⁰. Con todo, si el vasito de Padilla se emparenta con la cerámica común a través de la pasta y la apariencia de la superficie, recuerda también por sus dimensiones y relativa delgadez a la cerámica de paredes finas, en la que se conocen igualmente perfiles análogos³¹. Afines en aspecto y forma son ciertos vasitos de paredes finas de Huerña que cabría vincular al alfar de Melgar de Tera (Zamora) y que fueron hallados en los dos niveles de hábitat detectados en el yacimiento, julio-claudio/flavio uno y de la segunda mitad del siglo II d.C., el otro, siendo algo más frecuente en este último³².

Menos aún podemos señalar a propósito de la tapadera. Respondiendo ésta, como la mayoría de la cerámica común, a fines estrictamente funcionales y estando por ello menos sujeta a cambios estilísticos o de gusto, los paralelos que podrían aducirse³³, aún proporcionando fechas que convienen al conjunto, sirven más que nada de elemento informativo.

Son quizá las piezas n.ºs 5 y 6 las que permiten una mayor aproximación cronológica para datar la tumba. Situaríamos la jarrita n.º 6 en el comedio del siglo I d.C. o, mejor, en la segunda mitad del mismo, y el vaso de sigillata n.º 5 en el último tercio de dicho siglo. En este margen de datación tienen también sentido los vasitos de tradición celtibérica, n.ºs 2 y 3, que cuentan con paralelos formales y aún ornamentales —asideros o apéndices del n.º 3— en la cerámica pintada de tradición indígena y que difícilmente podrían llevarse al siglo II d.C. Por todo ello, fecharíamos la tumba de Padilla en un momento dentro de la época flavia.

Dos elementos del ajuar presentan el mismo grafito, la *Hisp.* 10 y el vasito de tradición indígena n.º 2; resulta atractivo pensar que fueron utilizados en vida por el difunto y tal vez así fuera. Su interpretación no nos resulta fácil; hay que suponer que están invertidos, HI, pero, aún así e incluso considerando el segundo rasgo como una F arcaica, su lectura no tiene mucho sentido en latín. Podría tenerlo en la escritura celtibérica, en la que se transcribiría OL³⁴, pero resulta difícil, aunque desde luego no imposible, pensar que en el último tercio del siglo I d.C., o un poco antes si consideramos la utilización previa de los vasos, se escribiera todavía con los caracteres adoptados por los celtiberos; no hay documentos claros que lo atestigüen³⁵ y por ello quizá no quepa ver en esos rasgos más que meros signos de identificación del propietario.

²⁶ AGUAROD OTAL, M. C., *op. cit.*, p. 46.

²⁷ UNZU URMENETA, M., *op. cit.*, p. 261 y fig. 4-1.

²⁸ Además de lo ya apuntado en la nota 9, véase también, en relación a la cronología de ese estrato, BALIL, A., ROMERO, M. V. y LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R., "Terra sigillata hispánica: a propósito de un libro reciente" *BSAA*, LII, 1986, pp. 254-255.

²⁹ ROSA VIEGAS, J., SMIT NOLLEN, J. V. y FERRER DÍAS, M. L., "A necrópolis de Santo André", *Conimbriga*, XX, 1981, pp. 104-106.

³⁰ *Ibidem*, p. 127.

³¹ En particular la forma XL de Mayet (MAYET, F., *Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique*, Paris, 1975, lám. LIV, 445-450).

³² DOMERGUE, C. y MARTÍN, T., *op. cit.*, pp. 43-44, fig. 11, n.ºs 119-121, para el nivel de hábitat 1; pp. 110-111, fig. 28, n.ºs 532-537, para el nivel de hábitat 2. Sobre la cronología del primero de ellos véase también la nota 19.

³³ A modo de ejemplo: VEGAS, M., *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*, Barcelona, 1973, p. 53, fig. 8, n.º 2, de época flavia; SANTROT, M.-H. y J., *Céramiques Communes Gallo-Romaines d'Aquitaine*, Paris, 1979, forma 6, p. 47, de la segunda mitad del siglo I y del siglo II d. de C. fundamentalmente; DOMERGUE, C. y MARTÍN, T., *op. cit.*, p. 53, fig. 12, n.ºs 176-177, del nivel de hábitat 1, julio-claudio/flavio.

³⁴ HOZ, J. DE, "La epigrafía celtibérica", en *Actas de la Reunión sobre Epigrafía Hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 1983, Zaragoza, 1986, p. 99, fig. 1; ALBERTOS, M. L., "La onomástica de la Celtiberia", en *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Tübingen, 1976, Salamanca, 1979, p. 156, donde se recoge el nombre celtibérico OLOVICVS (¿OLINDICVS?), si bien anotando que carece de correspondencias.

³⁵ J. DE HOZ se hace eco (*op. cit.*, p. 58, nota 55) entre otros, de varios grafitos celtibéricos breves sobre sigillata de Numancia que en su día recogiera Paulsen (PAULSEN, R., "Die Funde von Numantia", en SCHULTEN, A., *Numantia. II. Die Stadt Numantia*, München, 1931, p. 268, lám. 34, n.ºs 16-22). No podemos descartar que alguno de ellos lo fuera efectivamente, pero es muy difícil asumir ese carácter celtibérico para el conjunto. Los grafitos que hemos podido identificar aparecen sobre fragmentos de sigillata hispánica (ROMERO CARNICERO, M. V., *Numancia I...*, *op. cit.*, n.º 101 para el grafito n.º 17; n.º 1.032 para el 18; n.º 983 para el 19; n.º 847 para el 21; n.º 431 para el 22) que en la mayor parte de los casos habría que llevar a fines del siglo I o al siglo II d. de C.; por otro lado, rasgos similares o signos de otro tipo, como las simples aspas o cruces, son relativamente comunes entre los grafitos de la sigillata de Numancia.

2. Simancas.

La feracidad de la Vega del Pisuerga, unida a los relieves marcadamente definidos y defensivos de la línea del páramo de la margen derecha del valle, justifican la gran densidad de ocupación humana que a través de distintas épocas ha caracterizado al estratégico enclave de Simancas.

Precisamente esta riqueza arqueológica del lugar ha centrado la atención de diversos investigadores, por lo que las referencias bibliográficas sobre el mismo son relativamente abundantes³⁶. Sin embargo, entre otros datos y por lo que interesa al presente trabajo, se observa fácilmente la existencia de un lapso histórico en el registro arqueológico correspondiente al momento del siglo I y II d.C., apareciendo, por el contrario, bien documentadas las etapas precedentes —a través fundamentalmente de las estratigrafías de los cenizas de Simancas— y posteriores —necrópolis tardorromana—. En este sentido, el conjunto que ahora presentamos viene a llenar, modestamente, este vacío histórico.

El hallazgo se produjo en los inicios de la presente década, durante la realización de unos pocos sépticos en la finca Tohuer sita en las proximidades de la ermita de la Virgen del Arrabal, al SE. del núcleo urbano. Constituyen el conjunto una tapadera y tres recipientes cerámicos, el mayor de ellos (n.º 1) contenía, al parecer, restos óseos calcinados, actuando los n.ºs 3 y 4 como tapadera de la urna según el esquema que se representa en la fig. 3, 5; el vasito 2 se encontraba, sin más precisiones, en las inmediaciones de la urna. Todo ello se localizó a unos 3 mts. de profundidad³⁷.

N.º 1: Olla de perfil ovoide, borde vuelto y fondo ligeramente cóncavo. En la zona media de la panza presenta dos acanaladuras circundantes y paralelas. Pasta anaranjada con degasante silíceo-micáceo de grano grueso que le confiere una superficie tosca. Presenta una coloración rojiza uniforme al interior y ocre-parduzca irregular al exterior. Dimensiones: alt. = 218 mm.; diám. boca = 190 mm.; diám. base = 97 mm.

N.º 2: Vasito ovoide de borde vuelto y fondo plano cuyo tercio inferior presenta un marcado engrosamiento del perfil interno. Pasta de color anaranjado uniforme a excepción de una pequeña mancha grisácea en la pared externa; degasante calcáreo de grano fino. Salvo en el borde, la superficie externa aparece pulida o alisada. Dimensiones: alt. = 80 mm.; diám. boca = 74 mm.; diám. base = 38 mm.

N.º 3: Plato de sigillata hispánica de forma Drag. 36. Borde de movimiento ligeramente ascendente, sin límite neto en el contacto con la pared interna. Pie reducido y fondo externo con la típica moldura hispánica. Engobe bastante deteriorado. Presenta al menos dos grafitos: uno al exterior, junto al pie, que podría leerse LI y otro en la pared interna que semeja una H.; en esta última zona se observan también otros trazos incisos posiblemente intencionados. Dimensiones: alt. = 34 mm.; diám. boca = 167 mm.; diám. base = 66 mm.

N.º 4: Tapadera de perfil ligeramente cóncavo al exterior, con asidero cilíndrico poco desarrollado. Pasta de color ocre claro muy tamizada. Dimensiones: alt. = 41 mm.; diám. = 150 mm.

Del conjunto es el plato Drag. 36 el que más permite aproximarse a la fecha de la deposición, aunque con márgenes bastante amplios. La forma debió de surgir en la sigillata hispánica en torno a los inicios de la época flavia o muy poco antes, a juzgar por el origen del modelo sudgálico³⁸, prolongándose al menos durante el siglo II d.C.³⁹. No parece que el ejemplar de Simancas responda a un momento temprano dentro del desarrollo de la forma, sino a un estadio relativamente evolucionado; en este sentido hay que valorar la trayectoria del borde, algo ascendente ya, así como la ausencia de delimitación en el punto de contacto entre éste y la pared interna; por otro lado, y como es común en las Drag. 35 y 36 con transición continua, suave, entre estos dos elementos, el borde carece de decoración a la barbotina⁴⁰. En el plato sudgálico esta de-

³⁶ Recogida en PALOL, P. DE y WATTENBERG, F., *op. cit.*, pp. 143-159 y MAÑANES, T., *op. cit.*, pp. 27, 90 y 235.

³⁷ Don Agustín Herrero Hernández nos puso en contacto con don Pedro Salamanqués Domínguez, autor del hallazgo. A ambos nuestro agradecimiento por la colaboración y facilidades prestadas.

³⁸ VERNHET, A., *op. cit.*, p. 15, fig. 3.

³⁹ MAYET, F., *Les céramiques sigillées...*, *op. cit.*, p. 74; ROMERO CARNICERO, M. V., *Numancia I...*, *op. cit.*, pp. 201-202.

⁴⁰ ROMERO CARNICERO, M. V., *Numancia I...*, *op. cit.*, pp. 199-200.

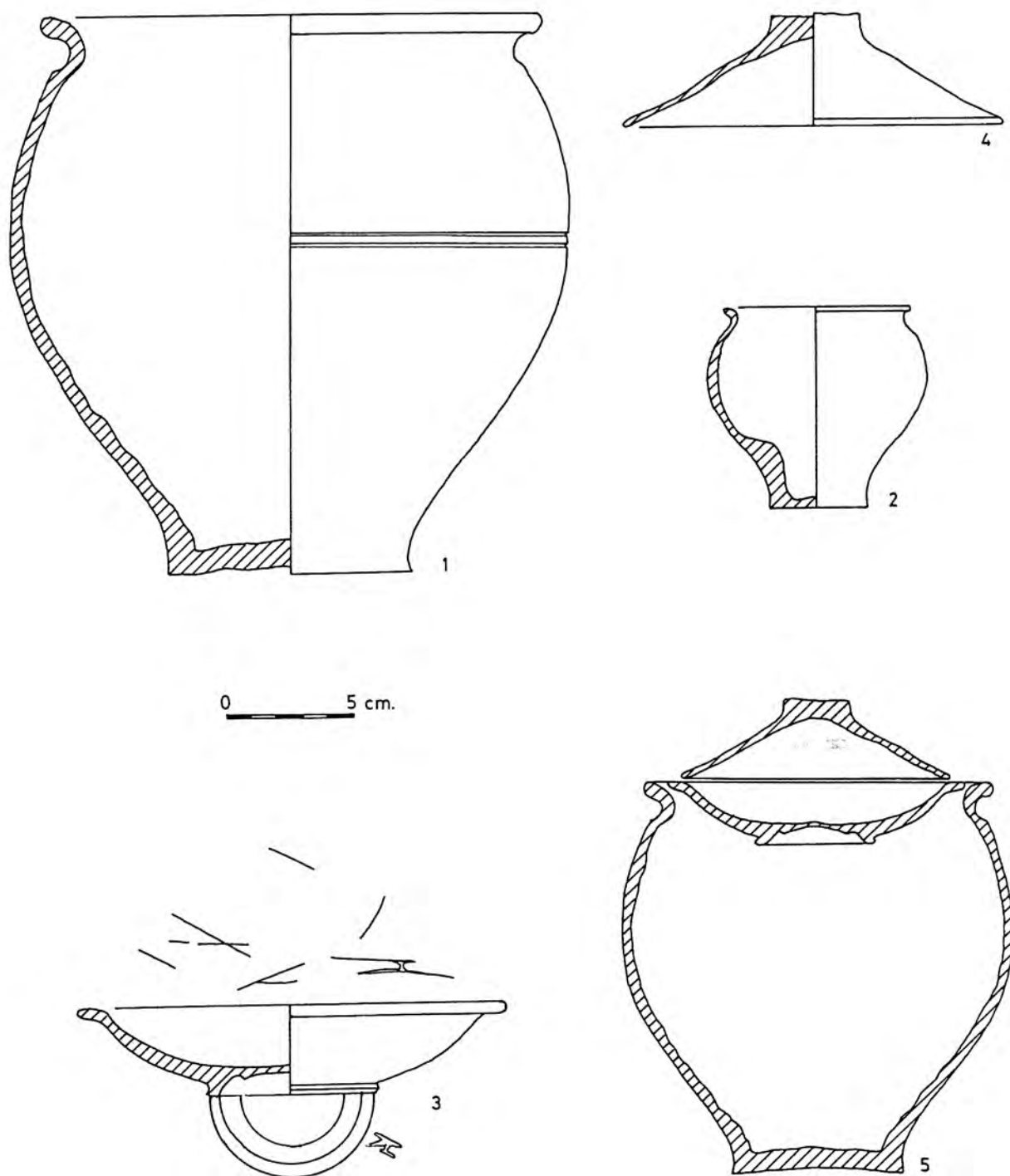


FIG. 33.—Ajuares cerámicos del depósito de Simancas (Valladolid).

coración tiende a desaparecer entre el 90 y el 100 d.C., generalizándose su ausencia a partir del 120⁴¹, pero ignoramos si ocurrió lo mismo en la producción hispánica. Una Drag. 36 relativamente similar a la de Simancas y también sin barbotina apareció en el segundo nivel de hábitat de Huerña, de la segunda mitad del siglo II d.C.⁴², lo que sin duda es orientativo.

La urna responde a un tipo bien común. De perfil ovoide y borde vuelto hacia afuera, se incluye en la forma 1 de Vegas que, según ella misma señala, constituye el tipo de olla más corriente en todo el Imperio, tanto en su marco geográfico como temporal⁴³. No faltan ejemplares claramente afines al de Simancas en ambientes no hispanos⁴⁴, pero ciñéndonos a los que le son más próximos en el espacio habría que señalar que en Huerña este tipo de ollas es bien frecuente en los dos niveles de hábitat del yacimiento⁴⁵.

Poco se puede apuntar a propósito de la tapadera n.º 4 y del vasito ovoide n.º 2, aparte de lo ya indicado para los perfiles análogos de la tumba de Padilla. No obstante, contrasta de alguna manera, en relación al vasito ovoide de esta última, el perfil más bien piriforme del ejemplar de Simancas, que experimenta casi un estrangulamiento en la parte próxima a la base, efecto sin duda propiciado también por el engrosamiento de la pared en esta zona. Tal vez quepa ver en ese rasgo el indicio de un carácter evolucionado dentro de los perfiles de este tipo.

A la vista de lo hasta ahora expuesto, parece claro que es fundamentalmente la Drag. 36 de sigillata la que proporciona elementos, aunque bien relativos, para fechar el conjunto. Situaríamos esta pieza en un momento indeterminado del siglo II d.C., posiblemente próximo a su comedio o acaso ya de su segunda mitad. En este marco cronológico tienen igualmente cabida tanto la urna como el resto del ajuar.

⁴¹ VERNHET, A., *op. cit.*, pp. 15-16, fig. 3.

⁴² DOMERGUE, C. y MARTÍN, T., *op. cit.*, p. 101, fig. 25, n.º 487.

⁴³ VEGAS, M., *op. cit.*, pp. 12-14.

⁴⁴ SANTROT, M.-H. y J., *op. cit.*, p. 138, forma 271 y, muy en particular, la que en las láminas figura como 271a.

⁴⁵ DOMERGUE, C. y MARTÍN, T., *op. cit.*, pp. 49-52, para el primer nivel de hábitat; pp. 114-117, para el segundo nivel.